

Editorial

En cada nueva edición del Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay se ha incrementado la cantidad de contribuciones, la variedad de temas tratados, así como los países desde donde llegan propuestas. Este aspecto abierto y, podría decirse, hasta cosmopolita de una publicación centrada en el desarrollo de la antropología en el país, se debe en parte al interés en difundir avances de investigación o artículos de uruguayos/as que se encuentran residiendo o estudiando en otros países (Lucía Terra en Canadá; Darío Arce en Lyon, Francia; Natalia Picaroni en Austria).

15

Al mismo tiempo, y en una especie de círculo de prestaciones recíprocas, siempre son bienvenidos los trabajos de especialistas o estudiantes extranjeros de posgrado que eligen nuestro país como terreno para iniciar investigaciones originales o para hacer estudios comparativos (Luiz Rojo de Río de Janeiro; Ariela Epstein de Toulouse, Francia; Hanspeter Reilhing de Alemania; Daniel Renfrew de EE.UU.).

Luego o antes, están los trabajos de quienes integramos el cuerpo de docentes e investigadores del departamento de Antropología Social (Renzo Pi, Alvaro de Giorgi, Ruben Tani, Sonia Romero, Leticia Folgar, Virginia Rial y col.).

También se incorporan jóvenes investigadores que independientemente de edades cronológicas, aportan frescura y firmeza a la construcción y renovación del conocimiento etnográfico, antropológico, de los hechos socioculturales, de las relaciones e imaginarios que circulan en el escenario local (Gustavo Laborde, Julio Viana, Diego Thompson, Marcelo Rosal, Ricardo Freiman).

La figura de los Colaboradores Honorarios siempre está convocada, y se hace presente en cada Anuario; los estudiantes avanzados a veces nos sorprenden con vocación delineada y una erudición sin aspavientos, con verdadero disfrute del conocimiento

que son capaces de producir (Martín Biramontes, Eloísa Rodríguez, Fabricio Vomero c/o Rial).

O también están quienes, desde hace muchos años, crean, apoyan el desarrollo de la Antropología nacional (Daniel Vidart y, nuevamente, Renzo Pi). Este año 2007 ambos fueron declarados Ciudadanos Ilustres de Montevideo, dan lecciones de viva inquietud intelectual.

De forma adecuadamente simbólica, el primer trabajo nos habla del origen, del difundido mito de la época dorada, del paraíso perdido. Memoria de la infancia o añoranza propia de lo que se sabe finito dentro de la inabarcable eternidad, todas las tradiciones han elaborado su *illo tempore*, luego poblado de seres y relatos. Como el que permanecía guardado dentro de un inesperado contexto novelesco que habla de los antiguos y autóctonos pobladores de estas tierras, de costumbres en el filo de la barbarie y la civilización (D. Vidart; R. Pi).

Desde una reconstrucción de los orígenes vamos a entender cómo prosperó el asado, del tiempo de criollos, indios y gauchos al tiempo de los funcionarios, burócratas, o simplemente de los genéricos habitantes de la ciudad. A punta de cuchillo, el asado se rodeó de reglas e implementos y siempre vinculado al prestigio de los comienzos, avanzó como nuestra mayor ‘comida étnica’ (G. Laborde).

En los orígenes también estuvo el indio, las etnias indígenas que fueron dispersadas, exterminadas como sociedades, y el colmo de comienzos malogrados: algunos de ellos fueron exhibidos como especímenes raros lejos de todo lo que conocían. La reconstrucción de momentos, itinerarios, escenarios y padecimientos nos lleva directamente al *pathos*, al sufrimiento. Si éste se transmite, es indudable que los “últimos charrúas” nos dejaron un legado muy denso, que no deja de pesar, de interpelarnos. (D. Arce)

16

Es significativo que viejos y nucleares conceptos, como el *hecho social total* de M. Mauss o los procesos de *enclasmiento* y *distinción* según P. Bourdieu, la *lógica de las clasificaciones* que desde la filosofía nacional ya nos proponía Vaz Ferreira, aparezcan aquí interpelados desde nuevos rituales colectivos, desde datos de la vida cotidiana en la circulación: todo lo que nos rodea está cargado de simbolizaciones y tienen razón los autores que nos obligan a detenernos para llevar más lejos la reflexión teórica actualizada, a condición, si es necesario, de no respetar diferencias canónicas entre sociedades simples y complejas, modernas y tradicionales, de no olvidar, en una fuga hacia delante, andamiajes teóricos probadamente sólidos. Con este mismo espíritu se propone una consideración necesaria de los conceptos de *cultura* y *subcultura*: no podemos permanecer impasibles ante el uso y abuso que las instituciones, los medios, hacen de estos conceptos llegando a banalizar su significación, confundiendo la posible funcionalidad de su manejo (De Giorgi; R. Tani; M. Rosal y Freiman; L. Folgar).

Está presente también en este número un recordatorio sobre el trabajo de escritura, sobre la construcción de textos que hacemos al transcribir, negro sobre blanco, percepciones, interpretaciones, emociones: la descripción nunca está fuera del ojo que registra, de la teoría que clasifica y de la sensibilidad que pone matices, elige palabras para nombrar cada cosa. En este sentido la etnografía es siempre un ejercicio de escritura, aún más cuando se visita en la memoria y en documentos experiencias de iniciación en el oficio etnológico. De la misma manera las evocaciones, las imágenes surgen, cuando se recorre con “los ojos bien abiertos” (como le recomendaron en China a D. Vidart) los pequeños pueblos del Uruguay profundo casi vacíos pero aún vitales, cuando se conoce de cerca la vida de campamentos de quienes viven de la pesca, cuando se quiere

saber quiénes son como personas los que duermen en las calles y portales de la ciudad. (M. Biramontes; S. Romero; J. Viana; D. Thompson; V. Rial y col.).

El conocimiento hacia adentro de nosotros mismos se va componiendo también con miradas externas, juego antropológico al fin, lo de adentro y lo de afuera se une en la consonancia disciplinaria y nos devuelve en el espejo “otros nosotros”. Antropólogos/as extranjeros o uruguayos/as que viven en el exterior, tienen mucho para decirnos. Ya sea indagando en el mundo del deporte hípico donde la impronta de género marca límites de forma indeleble, aunque no exista reglamentación al respecto; o escrutando en las superficies planas de los muros de Montevideo donde quedan registradas humoradas, arte, disconformidad, reivindicaciones: todo un relato colectivo para descifrar; a las metas que parecen materialmente lejanas pero que deberíamos alcanzar si queremos sumarnos a la corriente dominante sobre la difusión del conocimiento científico; a las dificultades de inserción local de médicos/as formados en Cuba pero con desfases de contextos y expectativas, se convierte en una experiencia que implicaría no sólo conocimientos técnicos aplicables a la salud, sino también a los comportamientos humanos, la cultura; a los imprescindibles reconocimientos sobre cuán frágil y expuesta está la salud, niños viviendo y jugando en terrenos contaminados con plomo que dependen de clasificaciones de gabinete (“¿están o no están dentro del grupo definido de riesgo, etc.”?); a la penosa odisea de mujeres, niños y adolescentes con VIH-SIDA, donde la desprotección va ganando en el tiempo, componiendo situaciones difíciles de aceptar. Más allá de justificaciones institucionales la investigación antropológica se encuentra con prejuicios personales, valoraciones inconscientes, que definen prácticas y hasta dejan vidas truncadas por el camino. (L. Rojo; N. Picaroni; A. Epstein; L. Terra; D. Renfrew; H. Reilhing).

Los trabajos fueron agrupados por afinidades temáticas aunque, a la vez quedaron dispersados al barajar procedencias, terrenos, cronologías personales o institucionales; pero de todas formas se produjeron relaciones, ecos dialógicos entre los textos y autores. Tomo como un testimonio de esta consonancia el hecho que en dos trabajos, que hablan de universos diferentes, se mencione ‘el motivo’ de la riña de gallos, que nos dejara Clifford Geertz como demostración magistral de que ante los ojos del investigador todo objeto se vuelve material noble, el *Eros* del conocimiento lo construye y lo contiene. Invito a la lectura por lo dicho y mucho más que se puede descubrir en estos textos.

Sonnia Romero Gorski
Montevideo, diciembre 2007